

El Paráclito.

Esteban Sevastian Valencia.

Tengo noventa y ocho años y vivo en los márgenes del pequeño pueblo de Bosost y corre el año del Señor 1937. Viví y crecí en el monasterio del Madero, hasta los veinticinco años, cuando la fatalidad transpuso mi vocación. Dios da la gracia del entendimiento a aquellos que elige para escribir sobre ciencias espirituales y teológicas; yo, en cambio, nunca tuve virtud ni intención de escribir y no la tengo ahora, lo hago por los sucesos ocurridos en estos últimos días. Pero sobre todas las cosas, porque ruego morir en paz.

Cuando escuché el hecho del hallazgo mi espíritu se exacerbó sobremanera. Un joven leñador encontró una extremidad humana entre las espesas hojas del bosque y allí comenzó el más insospechado descubrimiento: un monasterio abandonado en la comarca del Valle de Arán, y en un radio no mayor a un kilómetro, dieciséis restos humanos. En los siguientes días todos los habitantes cercanos al Valle, hurgaron en su memoria, pero nadie encontró indicios ni superstición de aquel lugar. Para mí no fue difícil asentir, ni el hallazgo ni el olvido que lo cobijaba, pues el poder de Roma en aquellos años, era cercano al de Dios omnipotente, creador y destructor, del cielo y más aún de la tierra donde habitan los pecados, parásitos constantes del alma. Mas, está inscrito en el ser humano buscar satisfacer sus dudas sino con la verdad, con la fantasía. Y fue así que los posibles naturales y sobrenaturales, en cuanto el hallazgo, no se dieron a esperar, pero las conjeturas estaban lejos de los verdaderos hechos.

Después de muchos desvelos y sudores fríos, decidí poner mi mayor empeño en narrar cómo sucedieron las cosas, cualquier sentimiento de duda o inexactitud es lícita, pues dentro de mí todo es impreciso a pesar de la compasión del tiempo.

Era el invierno de 1864. Nuestro monasterio tenía, en ese tiempo, una relación estrecha y primitiva con la Abadía de El Paráclito. Desde los primeros siglos, habían intercambiado reliquias y luego, pergaminos y libros. Gracias a ello, se gestó un afecto piadoso e intelectual, orden magnífico para el desarrollo de la condición humana. Pues el hombre antes de razonar, ama; y la humanidad pasó por el mito para llegar al logos. Y en esta disposición divina y natural, inmejorable, se asentaba la amistad.

Por medio de cartas sabíamos de lo acontecido en los claustros; de los nuevos novicios, decesos, inspecciones canónicas y decretos capitulares. Sin embargo, hacía meses que no

teníamos noticias de la abadía de El Paráclito, las misivas iban una tras otra sin tener respuesta, al paso de los días, la incertidumbre se agitó a tal grado en nuestro monasterio que se convocó a un capítulo extraordinario donde se acordó visitar la Abadía de El Paráclito y por decisión unánime me eligieron a mí.

Y desde entonces me interpela una pregunta invariable ¿si no hubiera hecho ese viaje? Sin duda, estaría envejecido en algún convento, esperando el sosiego de la muerte. Pero la respuesta no me devuelve la quietud perdida pues el bien realizado en un imposible futuro, no satisface la realidad del presente. La pregunta es entonces sobre algo más profundo, si al final del camino que yo elegí, puedo decir: *Nunc dimittis servum tuum, Dómine, secúndum verbum tuum in pace...*

Al siguiente día del capítulo extraordinario, partí al alba, me abrigué con el manto, tomé la alforja con algunas hierbas cocidas que preparé en vísperas del viaje y salí de camino. No hubo ningún suceso importante en el trayecto, salvo, la nieve constante, los inviernos eran duros en aquellos años, pero al atardecer de la cuarta jornada estaba frente a la ciudad de Dios; enormes puertas de madera y hierro la aguardaban.

El aldabón me infundió temor y desconcierto. Era una mitra episcopal y dos serpientes abriéndose a los lados y articulándose en la parte inferior, sostenían la llave Petrina con las cabezas ovales. Símbolos llamados: camino a la nada; penetrar en ellos es peligroso porque no conducen ni al cielo ni al infierno.

Hubo en mi juventud la osadía de desmembrar símbolos, pero la sedición intelectual de aquellos años de estudiante se había sosegado; acepté la imposibilidad de llegar a Dios por vía natural, por el orgullo implícito en el conocimiento humano, y la mística no era opción para un ánimo inquieto. Sin embargo, la vejez tiene sus revelaciones y entendí que, comprender los misterios divinos tiene como presupuesto la fe y en la fe, la humildad. Que en el orden divino los silencios son respuestas y se nos develan en medida de la disposición del alma; la paciencia pues, forja oídos espirituales. Es una clara contradicción al método natural del conocimiento, pero quien lo acepta, se abre en él una sabiduría terrible. Yo sin saberlo rechacé tal sapiencia y siendo joven aún, decidí llegar al fin de mis días alumbrándome con la llama de una fe dócil, del monje que reza. Pero mis ojos fueron expuestos a vicisitudes para los que el ser humano no está habituado.

Mis manos se levantan como el sacrificio de la tarde

Era la hora del rezo de vísperas cuando, por fin, tomé la aldaba y toqué. El sonido no violentó el silencio, era una acústica permitida dentro del recogimiento y pensé que, al pasar tanto tiempo al amparo sagrado, cambió su naturaleza, al espacio donde perteneció Nuestro Señor Jesucristo después de la resurrección. Esto cavilaba cuando me abrieron el ala de una de las enormes puertas.

— ¡Bendíceme! —escuché decir el portero.

— ¡Sea! —respondí de manera sobria, con la armonía de las almas que se han apartado de los afanes del mundo.

Rebocé de alegría al ver al hermano Menard, pero me contuve, pues la agitación de las emociones no es propia de monjes sino de gente vulgar. El hermano Menard, tenía en la portería más de cuarenta años. Hombre de virtud probada y de tal perfección que el Papa Pío Nono (hombre astuto, que, vestido de fraile, recuperó los Estados Pontificios contra la República de Roma) sufrió las peripecias del camino con el sólo propósito de conocer al bienaventurado monje del Paráclito.

Debajo del escapulario del hermano Menard asomaba un gallo y pensé que tal vez se hallaba afanado en la granja, pero las preguntas aguardarían. Crucé el quicio del portón, pasé al claustro y luego al oratorio. Agradecemos a Dios por mi buena llegada y después de algunos minutos de oración, nos dimos la paz conforme dicta la regla; y como en los monasterios llega la obscuridad antes de la caída del sol, Menard, me encaminó a una celda con una llama en la mano.

—Esta es su celda, hermano —dijo, sacando unas llaves largas y viejas del escapulario.

— "Nuestra celda", hermano —corregí—, hace tiempo que me despedí del vicio de la propiedad.

—Es sólo costumbre, ruego me disculpe, costumbre ingenua que no cierra el camino a la salvación, hermano, pero recuerde, el escrúpulo sí—respondió, con palabras que corrigen con severidad, pero también, llenas de compasión, pues reprendía mi ignorancia

—Me gustaría... —dije con reservas, después de un momento.

—Que el Abad lo bendijera—completó la frase, el hermano Menard—. Lo sé, pero las cosas han cambiado por aquí, recupere las fuerzas, las necesitará. ¡Oh!, y está absuelto del rezo de completas.

El monje es predecible. Las actividades físicas y mentales están exactamente fijadas. Existe una relación entre el orden personal, interno, la vida diaria y el orden físico y arquitectónico; y los espacios se ajustan a la necesidad de cada labor.

—Pero... —Intenté, hablar de nuevo.

—Dejé un gallo dentro de la celda y le pido de favor que por ningún motivo salga sin él—concluyó, entregándome el quinqué de aceite, me sentí un niño obedeciendo sin reparos a su madre. Estaba acostumbrado a la obediencia por costumbre, pero no a la observancia de novicio. Una explicación lógica siempre hace menos pesado la guarda.

La creación es humilde al ser lo que es, y el ser del hombre es reconocerse, en, para y con Dios, y era esa unidad lo que ahora no podía ver en Menard y el gallo. El ave me parecía un anexo humano que interfería gravemente con la santidad.

Entré a la celda, colgué la lámpara en un gancho apostado en el marco de la puerta y tiré la alforja sobre la cama. El gallo sacudió las alas y se acurrucó en la esquina. Meneé mi cabeza con la mano, intentando espantar la realidad. El hombre más virtuoso de la abadía del Paráclito andaba asido a un gallo y me mandó a dormir con otro. Pensé en escribir a mis hermanos del monasterio, pero ¿qué? Tenía la intuición de que algo no andaba bien, pero eran suposiciones vagas. Y, por otro lado, al único que había visto en esas pocas horas era al hermano Menard, a nadie más.

Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz.

Me acosté en la estera, me apreté el cinturón, jalé un manto para cubrirme y asfixié la luz. Intenté dormir, pero las lenguas de mi conciencia rezaban una y otra vez la lectura de la regla: “Nada se interponga a la Obra de Dios”. Me levanté, encendí una vela, miré el gallo y no me atreví a llevarlo conmigo, “una necedad”, pensé. Esa noche, a excepción de mí nadie acudió al rezo nocturno a ponerse en manos de Dios con la esperanza de la resurrección. Pues la caída del sol y el amanecer son símbolos de muerte y la resurrección, por eso dice Zacarías: “...nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte...”

¡Llega el esposo, salir a recibirle!

Me levanté, de nuevo, a la media del sueño, al canto de maitines, la hora más difícil para quienes comienzan esta vida. A esta hora, en el coro de los monasterios la luz de los cirios alza la obscuridad y descubre hasta la cintura las imágenes de los santos; la otra mitad

permanece en las sombras y he tenido la impresión de ser observado. La mirada de los santos es una, es Dios que mira a través de ellos, a veces dulce, otras, severo. Pero en el coro del Paráclito los cirios son más altos, por este hecho, la luz sólo esclarecía las cosas por la mitad, permaneciendo en completa negrura el piso y el techo. Entré al oratorio y me postré frente al Santísimo enterrando mi cuerpo en la noche. Duré así no sé cuánto tiempo, el piso frío al contacto de mi cuerpo se había entibiado y yo luchaba contra el ruido de la realidad en mi cabeza para alcanzar los efluvios divinos. Cuando de súbito sentí una mirada; no eran los santos, eran diferente. Me inquieté y erguí la mitad de mi cuerpo, me quedé hincado y abrí los ojos, al principio, no veían más allá del resplandor de los cirios. Entre parpadeos me fui acostumbrando al albor y a las sombras, miré entonces, que, tras el altar, las velas daban golpes de luz a un rostro angosto. "Bendíceme", dije, doblando la cabeza, pero no hubo respuesta. Volví los ojos hacia él y entonces me di cuenta que estaba desnudo y escondía su sexo tras el altar; él me miraba con ojos vacíos de formas de este mundo y llenos de espíritus. Su cuerpo parecía despojar de luminosidad a las lamparillas, pues se tornaba cada vez más refulgente entre las tinieblas, lo miré completo y de frente cuando salió con paso lento del oratorio, desprendiéndose de la luz de los cirios como Adán dejando el paraíso.

Hasta entonces, nunca había visto a un hombre desnudo, yo mismo tenía tiempo sin verme. Sabía de mi cuerpo por mis necesidades básicas: hacer del vientre, vaciar los orines o limpiarme el sudor que llegaba con el tiempo a molestar en las axilas y en las bragaduras con comezón y hediondez. Esto me ayudó en la castidad. Si un solo cuerpo era sucio por las secreciones no quería imaginarme dos. Pero lo que acababa de ver, no me disgustó en lo absoluto. Era un cuerpo esbelto, lo debía ser, los ayunos y el trabajo constante en las abadías formaba cuerpos simétricos que todos escondían bajo los hábitos burdos y largos. La curvatura de su espalda baja acentuaba armoniosamente el relieve de su trasero y, los muslos, eran hermosísimos contenedores del ímpetu sexual. Del pecho hasta los genitales lo cubría una espesa capa de vellos, parecía una noche derramándose sobre un desierto de arena blanca y su falo pulcro encendió en mí resquicios guardados para la salvación.

El canto de los gallos me sacó del letargo carnal y me descubrí húmedo en los calzoncillos. Y entonces la conciencia me increpó, fijé la vista en un Cristo desvanecido en el retablo y sobre él me venían pensamientos voluptuosos que me volvían loco. Comencé a recitar salmos para ordenar la mente hacia Dios, pero la facción de los sentidos contra mí apenas

comenzaba. Había oído hablar de un convento de monjas que mandaron vestir la desnudez de Cristo, porque su cuerpo provocaba excitaciones en varias hermanas y me había parecido una extravagancia, pero ahora el remedio lo necesitaba yo.

Señor, de mañana escuchas mi voz; muy temprano te expongo mi caso, y quedo esperando tu respuesta.

Me quedé postrado en vigilia hasta la hora de laudes para castigar la carne. Me seguía pareciendo extraño la ausencia de los hermanos, pero estaba seguro de que habría alguna explicación. Recé el oficio divino y luego regresé a la piedad, pero esta vez con la maestra de todos los rezos: la lectio divina.

El Reino de los cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña.

Cuando salí de la oración mental, era la hora prima. En el claustro apenas albeaba, aunque el sol ya difuminaba los muros. Me quedé parado bajo un arco admirando el jardín del claustro anegado en silencio. Para San Basilio los jardines eran espejos de la perfección interior y para el monje Benedictino, la contemplación de la naturaleza era parte del camino de elevación a Dios. Por tal motivo, los espacios alcanzaban un alto grado de armonía y el jardín del claustro del Paráclito, era sin duda, el ejemplo más digno de santidad.

Miré el pozo, en el centro del jardín. Sus aguas limpias son por excelencia el símbolo de Cristo. Al rededor del pozo y contra el invierno, se abrían caprichosamente jazmines azules, orquídeas nigretela y violas de agua. Un cuadro hecho por manos del hombre y Dios. Tenía razón san Bernardo cuando sostenía que la función de la obra de arte es elevar el espíritu hacia la luz. El arte contiene cierta melancolía, añora la bondad originaria; el viejo espíritu se rememora en la infancia de la carne.

Como ven, soy un hombre perdido en pensamientos. Las cosas exteriores toman el grosor de nuestro interior y en ese momento, la cocina tomó la importancia de lo maravilloso para mi estómago hambriento. Caminé a la salida del monasterio, a la celda del portero que ocupaba Menard, para pedir permiso de tomar un pan y un vaso de agua. Golpeé la puerta y no demoró en salir.

—Quería pedirle, si pudiera yo ir a...

—Ante el Abad para que le dé su bendición —dijo, interrumpiéndome.

—Sí —Contesté, dudoso y avergonzado.

Era verdad, olvidé al Abad y su santa bendición por hacerle caso a mis apetitos, en aquel tiempo, me atormentaba la falta de piedad en muchos asuntos de mi vida monástica.

—Pasa —dijo, Menard.

Apenas entré, cerró la puerta tras de mí siguió el discurso y relegó el tema de la bendición.

— ¿No lo ha advertido? Estoy solo en la Abadía. Los arrebató el misterio, la nada.

— ¿Semejante a Elías? —pregunté irreflexivo.

—No, han dejado los cuerpos.

No supe a qué se refería, pero vino a mi mente el hombre que miré en el coro y la voluptuosidad me envolvió de nuevo y olvidé por completó mi estómago vacío. El cuerpo íntimo al espíritu oscila constantemente entre la obscuridad y la luz. Alrededor de los monasterios han erguido altos, anchos y fuertes muros, se han olvidado que la concupiscencia es intrínseca al monje y no accidental. El mismo San Jerónimo, luchó durante años contra una fantasía que tuvo en el desierto y confiesa en una carta dirigida a Eustaquio, los peligros del deseo sexual.

Pasaron muchas formas por el rostro de Menard, para pronunciar que no podía llevarme ante el Abad y viéndose en la imposibilidad de dar más explicaciones salió de la celda y me pidió que lo siguiera. Apenas salimos del claustro hacía el lugar del huerto, el jardín de yerbas y la granja, Menard inclinó la cabeza. Miré figuras preternaturales paseándose entre los árboles y animales. No retuve su atención como ellos la mía, platicaban y sonreían naturalmente. El frío había vuelto rojiza, partes de su cuerpo desnudo, pero parecían no padecer el invierno.

Regresamos a la celda, Menard aseguró la puerta con el aldabón y atravesó un barro de hierro. En las teofanías, Dios y el demonio son semejantes y en el transcurso del develamiento puede haber yerros. La punta de lanza de fe y razón hería gravemente nuestros espíritus.

De repente vino del cielo un ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban.

—Recemos, aquí las campanas se han quedado mudas —dijo y comenzó con la señal de la cruz.

Terminando el oficio, prosiguió.

—He intentado hablar con ellos, pero parecen ignorar los signos del lenguaje y lo que estimulan en los demás. Créeme, las cosas ocultas existen. El diablo deja sus huevecillos por donde pasa. Hace muchos años, esta abadía tenía por nombre Espíritu Santo, pero en el año

1300 un monje sarabaíta ante la inquisición confesó haber leído el Margites de Homero del s.VII a. C., y Sobre hacer esferas de Arquímedes del s. III a. C., ambas en nuestra biblioteca. Y fue por ese hecho casi cismático, que el monasterio tuvo que cambiar de nombre *ipso facto*, de Espíritu Santo a Paráclito. Sin embargo, para llegar a dichas conclusiones, se desencadenaron duras controversias y un cruento debate teológico, pues nuestra Abadía ha tenido siempre monjes cultos en materia de Santas Letras, pero de nada sirvió, el Papá es la prueba de autoridad y mandó una orden donde sostenía que toda palabra pronunciada por un hereje debía ser anatema aún si éste estuviera escrito en las Sagradas Escrituras o empleado en algún momento en la tradición; la frase "Espíritu Santo" debía ser puesta a disposición de los exorcistas del vaticano y condenada a las expiaciones necesarias para su purificación. A los entendidos de nuestra abadía les pareció inadmisibile, pero contra el Papa, nada, nadie puede. Y fue así que, mientras el Papa respiró, en ningún lugar se pronunció "Espíritu Santo". *Abusus non tollit usum*—. Concluyó con rebeldía.

Supongo, en mis desvíos de anciano, que aparte de los jansenistas, esa fue una de las causas de la declaración de la infalibilidad papal pocos años después, en el Concilio Vaticano I de 1870, con esto se defendía la monarquía absoluta en el plano divino y terreno, la mayor vanidad de la Iglesia Católica. En cuanto a lo que me decía, el hermano Menard, no me pareció extraño, El Paráclito tenía fama de contar con una biblioteca enorme con volúmenes y autores fuscos.

El hermano, Menard, deambuló en el cuarto. Lo noté dudoso y luego cogió de un pequeño armarium, un viejo volumen y lo colocó bajo la luz. En la pasta no había inscripciones ni dibujos. Menard abrió el libro. Tallos y hojas se retorcían por los márgenes de las páginas y en la parte superior izquierda se iluminaba la letra capital B en oros, rojos y verde-azules, seguida de las letras "a-s-i-l-i-s-c-o", en tinta negra. En la parte superior de la B, estaba la miniatura de un gallo cuadrúpedo, amarillento, con escamas en vez de plumas y cola con cabeza de serpiente. En el siglo VII, san Isidoro, recogéndolo de Plinio, lo llamó "rey de las serpientes". Su representación era simple, una serpiente con una cresta en la cabeza con la mitad del cuerpo erguido. Pero después el siglo VIII, su iconografía reinante era la del libro que tenía Menard sobre la mesa. Sin embargo, fue hasta el siglo XII cuando pobló las iglesias y los monasterios, representando el poder del mal. Pude ver dicha efigie en el capitel de la Iglesia de Santa María la Mayor, en Aguilar de Bureba, en la Iglesia de San Román, abad, en Segovia; en la portada de iglesia de Santa María

del Real, en Sangüesa; en el claustro de San Juan de los Reyes y aquí mismo, en el Paráclito. Sin embargo, el libro no podía datar antes del siglo XI, fecha del perfeccionamiento de la técnica de las iluminaciones en los libros, al menos en estas tierras.

—Rubricator hábil —le dije, admirando la armonía y perfección de los trazos y colores.

—Es uno de los tesoros de la abadía. Bestiario hecho por el mismísimo Giulio Clovio. Inexistente en las memorias del mundo como tantos que se hallan aquí.

— ¿Clovio? ¿El famoso miniaturista de los Farnesio?

—El mismo. Pero no es eso lo importante —dijo y me miró—, tengo seis meses estudiando el Basilisco sin descanso. Hermano Juan, usted me ayudará, el óleo de la ordenación le abrió el entendimiento y sus interpretaciones son cabales. Los que son como yo, no sólo lo tenemos prohibido, sino que podemos, sin querer, suscitar herejías.

Lo escuché atento, pero estaba presto a la liviandad de mi cuerpo, aunque mi mente se ocupara en otras cosas era yo una vela que ardía para satanás.

—Le ruego me escuche. Usted no necesita ser hombre ungido por óleos, para saber que el basilisco es una fábula. Y cabe aquí también que la orina del linco se convierte en una piedra preciosa de nombre figurios; el árbol del que nacen aves, y caen cuando están maduras; el Catoblepas de enorme cabeza y mirada venenosa; el ave profeta, Salandres y la comadreja que da a luz por la boca, incluso, que se asesina al basilisco con el canto del Ga... espera...

De súbito me vino a la memoria el libro de Claudio: Historia natural de los animales. Donde sostiene que el canto del gallo provoca la muerte del basilisco. Incluso describió cómo los que recorrían Libia, llevaban un gallo para que los acompañara y asistiera en el camino. ¿Era esa la razón por lo que el hermano Menard, cargaba un gallo y había dispuesto otros en la celda? Me pregunté y lo miré, perturbado.

—Es la desesperación y la impotencia —dijo, abatido.

—Los reformistas nos acusan de haber guardado el medievo en los monasterios. Y comienzo a creerlo.

—No someter la inteligencia al magisterio, también es errata.

— ¿Usted ha perdido la razón? —cuestioné, irritado.

—Si no es, entonces...

— Discúlpame, hermano Menard, no fue mi intención controvertir de esta forma —lo interrumpí, avergonzado.

—Pero ¿qué hay en el pozo? ¿qué ser sino el basilisco me ha robado a mis hermanos?

— ¿En el pozo? —pregunté, pues hasta ese momento lo ignoraba.

—Todo comenzó en el oficio de las tinieblas, cuando se escuchó un silbido en el claustro. Días atrás hubo ventarrones y cuando el aire pega en el claustro y los muros, el eco se adelgaza dejando olas de silbos. Lo di por hecho, pero hubo otros que comenzaron a salir, pues el sonido no cesaba. Yo me concentré en la meditación y no supe a qué hora terminó la resonancia. Cuando salí a mis necesidades naturales, miré a todos en el centro del claustro, alrededor del pozo. No puse mayor interés, pues el Abad, estaba entre ellos, pero cuando regresé a laudes, nadie se movió. En los demás rezos las cosas continuaron normales. Hasta el siguiente día cuando en el canto de maitines comenzó de nuevo el sonido, pero esta vez, parecía llenar la bóveda y todos salieron conjurados. Yo me quedé nuevamente en el coro y cuando salí los encontré desnudos junto al pozo. Desde ese instante la lascivia no me deja reposar ni de día ni de noche.

— ¿Y has visto qué hay en el pozo?

—No, no me atrevo, tengo miedo, pavor... El hermano cantor, me ha dicho. “Música, no, canto, no, mezcla de las dos, boca de donde surge al mismo tiempo música y canto”. Y no pregunté más, no quiero romper el silencio por una curiosidad, sería doble falta,

No contesté, no concebía un basilisco en la abadía, pero tampoco encontraba una explicación. El hermano Menard, me parecía un hombre solemne para dudar de él.

Y, cuando sea levantado de la tierra atraeré a todos hacia mí.

Volvimos a rezar, pero de manera superficial y, apurados por descubrir lo que pasaba.

— ¿Y qué le hizo pensar en el basilisco?

—Antes de lo que hemos visto hoy, leí de san Isidoro que cuando el basilisco llega a los ríos se vuelve acuático. Existen otras historias de pozos infestados, ¿no has escuchado el relato de *La casa de los basiliscos*? En muchos casos no queda más que cegar el pozo.

—Siempre pensé que no sabía leer.

—Y muchos así lo creen —respondió—. Mi padre me enseñó; un campesino culto que se avergonzaría de mí si estuviera vivo.

Entonces observé que, bajo el recuerdo de su padre, el hermano Menard, agachaba el cuerpo gastado por los ayunos, pero de los ojos cansados de tantas vigiliass, brilló el orgullo.

— ¿Le gustaría ser como él? —pregunté.

—No lo sé. Tan solo recordarlo me subyuga. Me enseñó a leer a mí y a mis hermanas. Nos decía: “Leer hará que no le temas a la muerte. El que no sabe leer se aferra a esta vida, la ignorancia es el concepto más material del mundo”— y siempre terminaba diciendo; “Me escuchaste Joaquín Oyarzún”, se ocupó más de mí que de mis hermanas, tal vez, siempre fui débil. Lo mataron frente a nosotros y en ningún momento miré temor en sus ojos.

No quise preguntar nada más, había escuchado hablar de asesinatos de campesinos rebeldes y los recursos eran grotescos.

—Yo me consagré para salvar su alma —prosiguió, Menard apagando el orgullo en sus ojos—, los libros lo hicieron jactancioso y blasfemo, pero yo purgaré cada falta. Mi maestro de novicios, a quién admiré de verdad, me aseguró que el día de mi muerte, mi padre saldrá del purgatorio y los dos entraremos al paraíso.

Quedamos callados en silencio, un silencio espeso y contradictorio.

Menard prosiguió con la narración, olvidando a su padre.

—Pero el sonido me ayudó a descubrirlo. El Basilisco es llamado también, Silibus, pues su silbido infesta el aire y mata todo a su alrededor. Por eso se dice, “vive en un desierto, hecho por él mismo.” ¿Y qué es este monasterio sino un desierto? ¿Y qué es mi cuerpo sino arena caliente?

—Los males que acarrea el basilisco se acumulan con las épocas. Se han escrito tantas cosas sobre él que es imposible llegar a algo verosímil, hermano.

—La Biblia habla de ellos.

—Es sólo un ser simbólico.

—Parece que después de todo, sigues dudando.

—Ven, sígueme —le dije y lo llevé frente a una columna del claustro, donde estaba tallada la imagen de un basilisco y le señalé con el dedo, mientras lo miraba a él, —. Ves, eso es un basilisco, cuerpo formado por partes de diferentes animales. Intentan superar aporismas espirituales, existe sólo en las artes, las artes que son el intento más cercano de la interpretación del espíritu. ¿Lo comprende?

El hermano Menard, obedeció y levantó la vista al capitel. Se quedó inane, miré la saliva pasar por su garganta y me miró con ojos cargados de contrariedad y certeza. Quería decirme algo, pero qué. Di unos pasos hacia él y sobrepuse la mirada en la suya... El capitel, ¡el capitel estaba vacío!, la soledad del capitel era horroroso.

Regresé nervioso a la celda y recargué la espalda a la pared y me escurrí hasta al suelo. ¿Era posible que se reanime la roca? Me pregunté con angustia y desánimo.

—Todo lo que está pasando nos debe una explicación, hermano Menard, una explicación lógica, para no volvernos locos.

—Ha viajado y sé que fuiste ayudante del bibliotecario por varios años, algo debió haber leído o visto de este tipo de manifestaciones —insistía, el hermano Menard.

— ¡Nunca, nunca he visto algo así! —Masculle algunas palabras—. Las lecturas no son fiables, la imaginación de los escritores no conoce las fronteras de lo real y lo ficticio.

Todo está cumplido.

Trató de consolarme con pasajes bíblicos y de santos, pero estaba desconcertado. Sólo pude rezar algunos salmos de nona.

Las siguientes horas de la tarde nos quedamos en silencio abrazados a las aves, vencidos por lo invisible y anónimo. En los ojos del hermano Menard, no había duda; yo era un saco de huesos y carne, sin pensamiento ni espíritu.

La tarde se acercaba amenazante, cuando escuchamos un rumor en el claustro. El murmullo al paso se volvía melódico hasta volverse extraordinario. Entreabrí la puerta y miramos a los monjes acercarse a la puerta de salida del convento formando una sola fila. De sus labios seguía fluyendo un canto, música, no lo sé, los dos al mismo tiempo. "Un pecador puede llegar al cielo por la armonía de los sonidos", le dije a Menard.

Los vimos salir del monasterio e internarse en el bosque blanco, uno por uno. De súbito, sentí aquella melodía expandirse dentro de mí en infinitos ecos que turbaban lo poco que quedaba de mi entendimiento y voluntad. Miré entonces que el hábito del hermano Menard, ardía en llamas, traté de gritar, pero la voz se ahogó en mi garganta. Se desató el cinturón y apresurado arrojó al suelo los vestidos, cruzó la puerta y se fue tras los demás, yo lo contemplaba atónito entre lágrimas. Quise detenerlo, pero... en ese momento oteé que mi hábito se quemaba también y abrasaba mi cuerpo; el canto de los monjes se multiplicaba dentro de mí, poderoso y sublime al mismo tiempo.

No sé cómo salí de El Paráclito, estuve largo tiempo extraviado en mi interior, recobré la conciencia en Bosost, bajo la pestaña de una casa, cubierto con un pedazo de manta, aferrado a los restos de un gallo y sobreviviendo de la caridad de una anciana. No regresé nunca más al monasterio del Madero, tenía temor, temor a las preguntas de la Iglesia.



Hasta ahora, no logro distinguir qué es lo real y qué juego de la mente, algunas noches me despierta la resonancia de mil catedrales. Yo hubiera preferido como santa María de Egipto, san Agustín o el beato Gui Vagnottelli y muchos más, haber vivido mi último lapso de vida junto a Dios; pero me tocó vivir alejado de su gracia.

Juan de Salvi.